

## JUAN 12,37-50

### TEXTO

«<sup>37</sup>Pero, aun habiendo hecho tantos signos delante de ellos, **no creían en él**,<sup>38</sup> para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, el cual dijo: “Señor, ¿quién creyó nuestro mensaje? ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor?”.<sup>39</sup> Por eso **no podían creer**, porque Isaías dijo de nuevo: <sup>40</sup>“Ha cegado sus ojos y endureció su corazón para que no vieran con sus ojos ni comprendieran con su corazón, y así se volvieron para que sanarlos”.

<sup>41</sup>(Isaías dijo esto porque vio su gloria y habló de él).

<sup>42</sup>No obstante, **muchos entre las autoridades creyeron en él**, pero por los fariseos no lo confesaban para que no se les expulsara de la sinagoga,<sup>43</sup> porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

<sup>44</sup>Pero **Jesús** gritó y dijo: “**El que cree en mí, no cree en mí**, sino en el que me ha enviado.”

<sup>46</sup>**Yo** he venido al mundo como luz, para que todo **el que cree en mí** no permanezca en la tiniebla.

<sup>47</sup>Y si alguno escucha mis palabras y no las guarda, **yo no lo juzgo**, porque **no vine para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo**.<sup>48</sup> El que me rechaza y no acoge mis palabras tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado le juzgará en el último día.<sup>49</sup> Porque **yo** no he hablado por **mí** mismo; el Padre que me ha enviado me dio el mandato de lo que debo decir y hablar.<sup>50</sup> Y sé que su mandato es vida eterna. Así que lo que **yo** hablo, lo hablo como el Padre **me** ha dicho a **mí**”».

### COMENTARIO

.- **Introducción a 12,37-50:** «Los judíos» se han opuesto a la revelación de Jesús, encerrados como están en el conocimiento de su Ley (cf. v. 34). A pesar de un último intento por atraerlos a la luz (vv. 35-36a), su partida para ocultarse de ellos (v. 36b) tiene un tono sombrío. La promesa de 1,11 ha probado su veracidad en la historia del ministerio público de Jesús: «Vino a su propia casa y los suyos no le recibieron». ¿Por qué ha ocurrido esto? El narrador intenta dar una respuesta a esta pregunta en los vv. 37-43. El ministerio público concluye con Jesús gritando (v. 44), desde un tiempo y un lugar desconocidos, que la única revelación de Dios tiene lugar en él y que de ella surgirá el juicio (vv. 44-50).

.- **La incredulidad de «los judíos» (vv. 37-43):** La abundancia de «signos» que Jesús había hecho delante de «los judíos» no les había conducido a la fe (v. 37). Aunque la respuesta a los signos de Jesús es solamente *el comienzo de la fe* (cf. 2,1-11; 9,1-38; 11,15.42), algunos comienzos prometedores (cf. 2,23; 7,31; 8,30; 10,42; 11,45.48; 12,11) habían acabado en nada (cf. 2,24-25; 7,35; 8,31-33; 11,46; 12,12-15.34). En la primera parte de esta reflexión, el narrador (vv. 38-41) recurre al uso que la tradición había hecho del profeta de Isaías para explicar que este fracaso formaba parte del plan de Dios. No se hace ninguna apología de esta acción de Dios; esto ocurrió para que se cumpliera la profecía de Isaías (v. 38a). Tras la cita de Is 53,1, en la que se pregunta quién ha creído en la revelación de Dios (v. 38b), se afirma la necesidad divina de la incredulidad de «los judíos» de un modo que no tiene paralelo alguno en el NT. Para que se cumplieran las Escrituras era imposible que creyeran (v. 39). La utilización joánica de este pasaje de Isaías insiste en que Dios era el responsable de su ceguera y de la dureza de su corazón, con el fin de que pudieran volverse a Jesús para que los salvara (v. 40). Reflejando aún las tradiciones cristianas primitivas, el narrador dice al lector que Isaías pudo ver la gloria de Jesús y, por consiguiente, hablar de ella con total autoridad. La visión de

Isaías (Is 6,1-5) estaba vinculada con esta visión de Dios. A partir de ella los cristianos sólo tenían que dar un pequeño paso para afirmar que él vio la gloria de Dios (cf. 1,14), tal como existía antes de todos los tiempos (cf. 1,1-2). Isaías, como Abrahán y todos los antiguos profetas, podía decir que había visto al Cristo (cf. 8,56).

- Pero la utilización de la tradición cristiana primitiva para explicar el fracaso de «los judíos» mediante la teoría del «endurecimiento divino», entra en conflicto con el relato que se nos ha contado hasta este momento. Si «los judíos» fracasaron es porque tomaron una decisión en contra de Jesús. Por tanto, tras haber provisto al lector con lo que se había convertido en la explicación tradicional del hecho más perturbador de la historia, el narrador ofrece a continuación una explicación que está más en consonancia con el resto del relato joánico. Casi negando la utilización que había hecho de la teoría del «endurecimiento divino», el narrador nos informa de que algunos de los jefes y autoridades creyeron en Jesús (v. 42a). La revelación de Dios en y a través de Jesús no falló; los que fallaron fueron aquellos a quienes se había invitado a creer en él. Sin duda alguna, reflejando la situación de los miembros de la comunidad joánica, expulsados de la sinagoga por su fe en Jesús, el narrador nos habla de ciertos dirigentes de «los judíos» que no tuvieron el coraje de defender sus convicciones. Rechazaron confesar su fe porque estaban aterrados de que los fariseos los expulsaran de la sinagoga (v. 42; cf. 9,22).

- En una afirmación conclusiva (v. 43), que juega con el doble significado del término griego *doxa* (= gloria) (cf. también 5,41-44; 7,18; 8,50-54), el narrador nos da la clave del fracaso de «los judíos» que se corresponde exactamente con lo que ha ocurrido a lo largo de 1,19-12,36. «Los judíos» no han sido nunca capaces de ir más allá de lo que podían comprender y controlar: sus expectativas mesiánicas y su «conocimiento». En este sentido, nunca han sido capaces de aprehender «las cosas celestiales» reveladas por Jesús. Sólo pudieron entenderlas como «cosas terrenales». Hay un abismo entre el mundo de «los judíos», que son *de abajo*, y Jesús, que es *de lo alto*, de arriba. A ellos les encanta tanto la estima, el honor, la alabanza y el respeto de los seres humanos y de «este mundo», que están dispuestos a ignorar a Jesús, la presencia de la revelación de Dios (v. 43). Este doble significado del término *doxa* -gloria humana y revelación de Dios- suministra la clave para comprender correctamente el conflicto entre Jesús y «los judíos» que se ha desarrollado a lo largo de su ministerio. El choque entre «los judíos» y Jesús es inevitable. Los primeros no sacrificarán la dimensión horizontal de todo cuanto este mundo puede ofrecer y rechazan la irrupción vertical de Dios, que envía al Hijo desde arriba para salvar al mundo (cf. 3,16-17).

- **Jesús «grita» su mensaje final (vv. 44-50):** No se nos dice cuándo ni dónde proclama Jesús estas palabras finales recogidas de todo lo que ha sido su ministerio hasta este momento. Al tiempo que sintetizan el significado de su presencia de revelación y juicio, los vv. 44-50 son también un comentario sobre las observaciones conclusivas del v. 43; Jesús da a conocer la gloria de Dios (v. 43). En seis frases se utiliza la palabra *ego* («yo») cuatro veces (vv. 46.47.49.50), pero el «yo» de Jesús está subordinado al Padre, puesto que él es Enviado que da a conocer al Padre. Él es la única revelación del Padre que le envió (v. 44; cf. 3,15-16; 5,36-38; 6,29.35.40; 7,38; 8,19.24.42.45-46), y, por tanto, ver a Jesús es ver a aquel que le envió (v. 45; cf. 1,18; 6,40; 8,19; 10,30.38). Por esta relación con el Padre, Jesús puede afirmar que trae luz al mundo para que quienes creen en él puedan emerger de la oscuridad y caminar permanentemente en la luz (v. 46; cf. 1,4-5; 8,12; 9,5.39; 11,9-10; 12,35-36a). El mundo se juzga a sí mismo al aceptar o rechazar esta luz, la revelación del Padre, y, por consiguiente, no es Jesús quien lo juzga.

En los vv. 47-48, Jesús aparta el foco de la proclamación de su misión procedente del Padre para centrarlo en la importancia crucial que tiene «creer en la palabra» (cf. 2,1-4,54). Él ha

venido a salvar el mundo, pero el mundo, que es libre para rechazar su presencia salvífica, ha actuado de este modo y, por consiguiente, es juzgado (v. 47; cf. 3,16-17.34; 5,24; 8,15.31). La palabra de Jesús juzga al que la rechaza. Este juicio comienza ahora y se prolonga también después de la vida (v. 48; cf. 3,18; 5,24.29.44-45; 7,51; 8,40). Pero incluso en este aspecto Jesús depende también del Padre. La palabra de Jesús no es suya, como tampoco habla en virtud de su propia autoridad. Él habla lo que el Padre le ha mandado decir. Con absoluta confianza, Jesús puede afirmar que esta palabra trae vida eterna. Jesús ha hablado la palabra del Padre con total confianza y fidelidad (vv. 49-50; cf. 4,34; 5,22.30.39; 6,38; 7,16-17; 8,26.28.38; 10,18). En el comienzo de su ministerio (3,11-21), el narrador (3,31-36) anunció que Jesús era la única revelación de Dios y que la vida o la muerte, la luz o la tiniebla surgen de la aceptación o el rechazo a esta revelación. El ministerio concluye ahora con una colección de dichos de Jesús que tratan de este mismo asunto. Jesús es la revelación de la gloria de Dios y el mundo se juzga a sí mismo al aceptar o rechazar esta revelación (12,44-50). Cuando las cortinas caen sobre la presencia pública de Jesús ante «los judíos» (v. 36b), ya se han expuesto las causas de la crisis que está emergiendo: «los judíos» prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios (v. 43), pero Jesús no vaciló en llevar a su perfección la tarea que el Padre le había encomendado, es decir, dar a conocer la gloria de Dios (cf. 4,34; 5,36). Esta información nos ha sido dada por las dos voces que más autoridad tienen en el relato: el narrador (vv. 42-43) y Jesús (vv. 44-50).

.- **Conclusión a 11,1-12,36:** Cuando estaba cerca la fiesta de la Pascua, Jesús hizo un viaje decisivo a Betania (11,1.7.12; 12,1) y, después, a Jerusalén (11,55; 12,1.12.20). Se trata de un viaje para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuera glorificado por medio de él (11,4.40). En Jerusalén, cuando «el mundo» desea verle, se anuncia la hora de la glorificación de Jesús (12,19-20.23.31-32). A lo largo de 11,1-12,36, los mismos personajes están activamente involucrados con Jesús: Lázaro, Marta, María, los discípulos y los judíos. Los personajes, el espacio y el tiempo se combinan para formar un relato coherente a lo largo de 11,1-12,36. Jesús, Lázaro, Marta, María y «los judíos» juegan su parte correspondiente en el contexto espacial y temporal del movimiento de Jesús hacia Jerusalén con ocasión de una Pascua que se caracterizará por su muerte violenta (11,49-50.57; 12,7.10.33). Pero este final violento revelará la gloria de Dios (11,4a) y el Hijo de Dios se glorificará mediante él (11,4b). Es la hora de la glorificación del Hijo del hombre, su levantamiento desde la tierra (1,23.32). *Jesús no muere por él, sino que entregará su vida por los demás.* En medio del incremento de la incomprensión (cf. 11,8.12.16.21-22.24.27.33.39.47.55; 12,9.13.29.34) y la violencia (cf. 11,8.16.47-50.54.57; 12,10-11), ha emergido el tema de la «reunión» (10,15-16; 11,50-52; 12,9.19.20.32). Sin embargo, nada de esto elimina el enigma de la cruz: «Dijo esto para mostrar de qué muerte iba a morir» (12,33). El relato que sigue debe contarnos una muerte que es también la congregación de toda la gente (12,32: todos) en torno al Hijo del hombre levantado y glorificado (12,23). Pero el ministerio público de Jesús llega a su final (12,36b). Al concluir esta parte de la historia, tanto el narrador (12,37-43) como Jesús (12,44-50) han insistido en que él da a conocer a Dios y que el juicio surge de la aceptación o el rechazo de esta revelación.